

ANTONIO GARCIA VERDUCH (*)



Tolerancia justa y medida

El pasado día 31 de julio leímos en estas páginas un exquisito análisis del concepto de la tolerancia, escrito por D. J. Beltrán Alonso-Cuevillas. En el reducido espacio de un artículo periodístico expuso, con precisión y pulcritud, el verdadero sentido de un término tan traído y llevado en nuestros días, como es el de la tolerancia.

Poco o nada se puede añadir en lo doctrinal, pero quizá merezca la pena comentar un aspecto -allí expuesto- que es el de la extralimitación en la interpretación de la tolerancia. Decía el autor que "la tolerancia no es un valor absoluto. Toda persona normal reconoce que tiene límites, a partir de los cuales es necesario hablar de situaciones o conductas intolerables". Lo anterior es absolutamente cierto. Las personas normales reconocen que la tolerancia tiene unos límites que no se deben rebasar.

La idea que a mí me atormenta es que, al estar produciéndose un abuso generalizado en la interpretación de los límites de la tolerancia, haya que reconocer, como consecuencia de ello, que en nuestros días, el número de personas anormales está ya pasándose de la raya.

Nuestra sociedad pasota y engréida -nada proclive a respetar linderos- apela constantemente a la obligación que tienen los demás de tolerar sus excentricidades y sus erupciones de egoísmo. Según esa misma sociedad, la tolerancia es una virtud que debe ser practicada exclusivamente por los demás, que para eso son virtuosos.



El término "tolerancia" es tan ambiguo, que carece de valor si no se delimita su extensión y se explica su significado. Esta clase de palabras polivalentes y de significación compleja, únicamente son útiles cuando van acompañadas de su propio manual de instrucciones. Son como instrumentos o máquinas de alta tecnología, que son útiles cuando son manejados por personas expertas, pero son inútiles, e incluso peligrosos, cuando caen en manos de personas indocumentadas.

Todas las hermosas palabras, que se usan como emblema de grandes frontispicios, adolecen de ese mal. Este es el caso, por ejemplo, de las palabras libertad, solidaridad, igualdad o fraternidad. Todas ellas son palabras nobles y relucientes, pero su ambigüedad y su polivalencia hacen que, en la práctica, sean inútiles, y no tengan más valor que el puramente ornamental.

Volvamos a la tolerancia. Se entiende por tal, el respeto y consideración que tiene una persona hacia las opiniones o prácticas de los demás, aun-

que repugnen a las suyas propias. En consecuencia, una sociedad tolerante será aquella en la cual todos los individuos cumplan ese deber de respeto y consideración hacia los demás y, a cambio, satisfagan su derecho a ver respetadas y consideradas sus opiniones o sus prácticas.

Este esquema sería correcto si nunca entraran en conflicto los derechos de unos y otros ciudadanos, y si, al mismo tiempo, fuesen equiparables los niveles de delicadeza e integridad moral de todos ellos.

Imaginemos, por ejemplo, que unos ciudadanos realizan públicamente un acto que es manifiestamente contrario a la moral de las personas que por allí transitan. Esos ciudadanos son los que juegan un papel activo, porque realizan una acción que es irrespetuosa con las convicciones morales de los transeúntes. Estos últimos juegan solamente un papel pasivo, ya que son meros receptores del agravio. Parece claro, pues, que los primeros son los intolerantes, porque no respetan las creen-

cias y las convicciones morales de amplios sectores de la sociedad, representados en estos transeúntes.

Conociendo las peculiaridades de la sociedad de nuestros días, podemos aventurar el siguiente desenlace: los transeúntes tienen dos opciones, o callarse y seguir adelante, o protestar. Si callan y siguen, se van con su agravio a cuestras, y si se quedan y protestan, además de cargar con su agravio, serán acusados, a coro, por los ofensores y por los mirones, de no tolerar el derecho que tienen las personas a ejercer su desverguenza.

En resumen, según los modos recientemente injertados en nuestra sociedad, tolerante es aquel que ofende y calla, e intolerante el que es ofendido y protesta.

Es muy preocupante el comportamiento de las gen-

tes que, de modo automático, se ponen en contra de los que muestran intolerancia, sin analizar sus razones y, por tanto, sin saber si es o no justificada.

La nueva cultura ha infiltrado en el tuétano de las gentes la idea de que cualquier tolerancia es virtud y cualquier intolerancia un vicio. También ha infiltrado la idea de que la tolerancia está asociada al silencio y la intolerancia a la palabra.

La tolerancia justa y medida es buena. La injusta y desmedida es mala. Por esta razón nos atrevemos a sugerir que, en el futuro, los "años internacionales sobre la tolerancia", no lo sean sobre la tolerancia a secas, sino sobre la tolerancia justa y medida.

Ser tolerante no es ser indulgente, ni indolente, ni condescendiente, ni cabrón, ni es saber soportar, ni tener

aguante, ni tener correa, ni tener tragaderas. La tolerancia es una hermosa virtud, que hay que aprender con ahínco, para practicarla justa y oportunamente.

(*) Profesor de Investigación